

Una trepidante historia de pasiones e intriga en el corazón de África

CLARA SÁNCHEZ

El amante silencioso

Clara Sánchez



El amante silencioso

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Clara Sánchez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2019

Depósito legal: B. 7.387-2019

ISBN: 978-84-08-19444-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ISABEL

Nairobi, marzo

Lo único que sabía de África antes de subir al avión rumbo a Nairobi es lo que había visto en los múltiples reportajes del canal Grandes Documentales sobre cebras corriendo por la sabana, mujeres con turbantes y niños desnutridos devorados por las moscas. Iba con la idea de que me encontraría con un panorama entre penoso y exótico, aunque mi intención no era disfrutar de la experiencia ni hacer turismo. Mi objetivo se llamaba Ezequiel y era mucho más importante que cualquier cosa que pudiera impresionarme de ese continente desconocido.

Me bebí la botellita de Rioja de la cena más tres copas que las azafatas no tuvieron inconveniente en servirme antes de recoger las bandejas, gracias a las cuales pude dormir hecha un cuatro en mi asiento. De modo que cuando aterrizamos de madrugada me sentía somnolienta y dolorida, hasta que pasé el control de pasajeros y me encontré ante las narices cientos de cartelitos sostenidos por cientos de manos. De pronto desapareció el cansancio y apareció la alarma. ¿Habrían escrito bien mi nombre? ¿Se habrían acordado de venir a recogerme? No había reservado los hoteles

personalmente, así que alguien podría haberse despistado. Estuve recorriendo impaciente los carteles con la vista durante diez minutos que se me hicieron eternos. Y por fin lo vi: Isabel García. Respiré; después de esto, todo sería coser y cantar. Durante el camino hacia el hotel desfilaron por las ventanillas torrentes de gente que andaba a buen ritmo como si acudiesen todos juntos a alguna llamada misteriosa mientras a su lado pasaban a toda velocidad relucientes coches diplomáticos.

Estábamos en primavera y el calor, al menos con los primeros rayos de luz, no era agobiante. Y además, cuando llegué al hotel Norfolk acababan de regar el jardín y olía a tierra y plantas mojadas. Un camarero vestido de blanco me dio la bienvenida con un zumo sobre una bandeja, el primer contacto real con esta tierra. Tanto él como el edificio desprendían un nostálgico aire colonial con profusión de madera, palmeras y floreadas tazas de té sobre los veladores. La verdad es que me esperaba algún albergue juvenil o un hostel, no todo esto. Me eché de bruces en la cama y me dormí durante dos horas arrullada por el sonido de los aspersores.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para despertarme y al principio no sabía dónde estaba. ¿En la habitación de alguno de los chicos con los que salía esporádicamente? Demasiado elegante, demasiado limpia. En un escritorio destacaba un sobre blanco. Me levanté tambaleándome. ¿Estaría borracha? Y vi la mochila en el suelo. Poco a poco todo iba encajando. Sentía la boca pastosa, con un regusto extraño, mezcla de vino agriado y frutas tropicales.

Abrí el sobre con el escudo de España en relieve. Era una invitación de la embajada para asistir a un cóctel en honor de un reputado escritor. Enviarían un coche a recoger-

me salvo indicación en contra. Desde la ventana se veían flores rojas alrededor de una fuente. Pero yo no estaba allí para recrearme en el ambiente y me puse en acción. Acudiría a la embajada. Al fin y al cabo, no tenía nada que hacer hasta que al día siguiente saliera para Mombasa.

Me teñí el pelo con un tono rubio dorado que compré en el *duty free* del aeropuerto, me duché y me puse un vestido que había traído para ocasiones como esta. El resto de la ropa consistía en un pantalón corto, camisetas y dos faldas ligeras negras con abertura al lado. Si necesitaba algo más, lo compraría por el camino. Las personas que me habían contratado para hacer este viaje se encargaron de avisar a la embajada de mi llegada y mi itinerario.

Les dijeron que era fotógrafa *freelance*, porque de haberme presentado como una cooperante habrían querido ponerse en contacto con la ONG para la que trabajaba, lo que habría complicado mucho la situación. Y de haber figurado como una simple turista no se habrían interesado por mí lo suficiente, y todo el mundo quería que regresara sana y salva.

El cóctel fue rápido. El embajador no pudo asistir por otros compromisos y fue el agregado cultural quien nos ofreció una cena en su residencia privada. Allí nos encontramos el escritor homenajeado, medio adormilado por el *jet lag*, el secretario de la embajada —un hombre poco hablador que solo observaba y del que únicamente destacaban sus pantalones rojos—, un sacerdote al que llamaban padre Andrés y la esposa del agregado —una chica española llena de energía que escribía relatos sobre África, guiada por el ejemplo de Doris Lessing e Isak Dinesen, por lo que era fácil suponer que el objetivo de esta cena era favorecer su encuentro con el escritor.

El escritor tuvo que interesarse de mala gana por sus cuentos cuando quien llamaba su atención era el padre Andrés y su labor humanitaria. Seguramente estaba tan intrigado como yo por su aspecto, no porque llevase camisa y pantalones, ya ningún cura usa alzacuellos y menos entre jirafas y leones, sino por esa mirada cenagosa, como si se hubiese pegado a ella lo más penoso, desgraciado e inhumano del mundo. La casa del agregado, una especie de chalé de color ocre, estaba muy cuidada. Se notaba la mano de la esposa y sus deseos de crear una burbuja alejada de la pobreza y la inseguridad. La cena se celebró en un patio con plantas tropicales y carnosas, muy bonito si se desviaba la mirada de las grandes rejas de hierro y de su enorme cerrojo que lo aislaba de la calle.

El padre Andrés le informó al escritor que su radio de acción se encontraba al norte del lago Turkana y que, si quería, podía hospedarlo allí unos días, lo que entusiasmó al escritor, que deseaba conocer la auténtica África de los negros, no la de los blancos. El agregado me animó con efusividad a unirme al viaje. Se trataba de una magnífica oportunidad para hacer un gran reportaje fotográfico. El sacerdote dijo, sin la misma alegría, que por supuesto también me acogería a mí. De hecho, traía consigo un álbum con fotos de la zona que quizá querríamos ver. El escritor sacó pulcramente del bolsillo de la americana unas gafas de cerca y ambos nos inclinamos sobre las piernas del padre Andrés, en las que reposaba el álbum. Contemplamos fotos del lago, de caminos polvorientos, de víboras y, sobre todo, de chicos negros con correajes sobre el torso desnudo y un Kaláshnikov en las manos. El escritor preguntó si estos jóvenes eran peligrosos y el padre cabeceó dubitativo. «Procuraremos que en los recorridos fuera de la misión os acompañe

alguien, aunque siempre nos faltan manos», dijo. De todos modos, seríamos muy bienvenidos, solo teníamos que ir hasta un punto que nos marcaría en un mapa y allí nos recogería una avioneta que nos dejaría en el lago. «¿Los horarios de la avioneta?», preguntamos medio emocionados, medio atemorizados. No tenía un día fijo. Había que esperarla veinticuatro o cuarenta y ocho horas más o menos, no era complicado, todo el mundo lo hacía. El escritor, algo sobrecogido por la inconcreción de la expedición, contestó que no quería ser una molestia, y yo contesté que quizá más adelante, lo que podría ser verdad. A continuación el padre guardó el álbum y todos nos levantamos dando las gracias por la velada. Tuve que darle mi *email* a la esposa del agregado para que también a mí me enviara sus relatos. La verdad es que me intrigaban.

El secretario, que no había abierto la boca en toda la noche, nos devolvió en su coche a nuestros hoteles, menos al padre Andrés, al que esperaba junto a las rejas un chico keniano de su misión. Primero dejamos al escritor en su hotel, y para llegar al mío el secretario aminoró la marcha. Apenas distinguía su perfil, aparecía y desaparecía entre las ráfagas de luz de los otros coches. Lo único consistente era su voz: grave y firme.

—Este es un país muy complejo, tribal, la cosa va por tribus, ¿comprendes?, aquí no valen los parámetros occidentales. Ten esto muy en cuenta. Y si necesitas algo, llámame. —Y automáticamente sacó con gran pericia del bolsillo interior de la chaqueta una de sus tarjetas de visita.

—¿Algo como qué? —pregunté deseando que fuese un amigo, pero nadie me había hablado de que aquí me esperase un amigo, así que me anduve con cuidado.

—Como cualquier cosa, ya sabes a lo que me refiero.

—¿Como ponerme enferma? —seguí preguntando.

—También eso —dijo echando el freno de mano junto a la puerta del Norfolk—. Y buen viaje mañana a Mombasa.

Antes de acostarme, mientras pensaba en las palabras del secretario de la embajada, me tomé uno de los deliciosos zumos que el camarero paseaba por el vestíbulo en una bandeja.

Madrid, un mes antes

Era un día frío y cogí la bicicleta para ir hasta la Asociación de Víctimas Dependientes, donde uno se encontraba desde exyihadistas arrepentidos hasta adictos a las drogas, al alcohol, al juego, al sexo y al riesgo en general. Me gustaba sentir la cara helada, la sensación de tener que concentrarme en el frío y en el tráfico. Era lo único que me hacía pensar que todo era real, no una pesadilla con tintes de realidad. Desde el suicidio de mi hermano hacía tres años, mis padres y yo habíamos necesitado terapia, y todavía seguíamos en contacto con la plataforma de afectados y el cuerpo de sicólogos. Y no teníamos inconveniente en hablar con quienes lo necesitasen para que no se sintiesen solos, aunque de sobra sabíamos que en cuanto nos despedíamos todos volvíamos a nuestras desgraciadas vidas.

En esta ocasión fue algo más. Una familia había pedido reunirse conmigo en particular por consejo de uno de los sicólogos expertos en socioadicciones. Es curioso cómo cuando a alguien le sucede algo fuera de lo común, se da cuenta de lo poco que sabía de una parte del mundo. Yo no sabía lo fácil que es que te coman la cabeza hasta el punto de dejarte explotar y llegar a límites infrahumanos. Ni que

todo lo que nos pasa, por malo que sea, también les pasa a otras personas, y entonces buscamos a esas personas donde sea y como sea porque no soportamos estar solos y no hablar constantemente de lo que nos ocurre. Y por eso existía esta asociación, con dos salas destartaladas y muebles que habíamos ido aportando unos y otros para que las cuotas fueran accesibles a todo el mundo.

Me esperaban en lo que allí llamábamos «la sala de reuniones», una mesa con seis sillas. Aparte de mí había tres personas que por su aspecto podrían permitirse un asesoramiento más lujoso que el nuestro, entre ellas una mujer abatida, con el pelo sedoso castaño, no muy peinado, pegado a la cabeza, sin maquillar, y con vestimenta clásica y cara: un abrigo Burberry, arrojado sobre la silla de al lado, un bolso Chanel y un jersey de cachemira color *camel* ajustado a su delgado busto. Seguro que antes de la crisis familiar dispondría de un entrenador personal y tratamientos de caviar y polvo de perlas para mantener la piel fina y blanca, y lograr aparentar menos de los cincuenta años que representaba ahora. Sus ojos castaño claro tenían mirada de perro triste. Al sicólogo lo conocía de la asociación. Siempre llevaba una cazadora de cuero muy gastado y vaqueros también desgastados, como si no se pusiera otra cosa desde hacía diez años. Era el más joven de los tres. Y me daba la impresión de pasarse la vida yendo de una asociación a otra intentando ganarse la vida o el cielo. «Gracias por venir», dijo con la voz comprensiva y alentadora que todos tratábamos de usar en estos casos. Le habría preguntado si no le daba miedo meterse en las almas de desconocidos. Porque si alguien pudiera descifrar los sentimientos que tuvo mi hermano unos minutos antes de quitarse la vida, yo preferiría no saber, no abrir esa puerta. Me aterraba más que el propio suicidio.

¿Quién podría exigirme que entrara en una selva oscura llena de fantasmas?

El otro hombre también me dio las gracias. Más entero que la mujer, procuraba no decaer. Ya había visto parejas así en otras ocasiones, incluida la de mis padres, uno se hunde y el otro ha de tirar de él o de ella. Aquí tiraba él. «De verdad, se lo agradecemos mucho», repitió mirando a su mujer para que ratificara sus palabras. Pelo corto casi blanco, gafas de pasta, reflexión, serenidad o resignación. Una ligera barriga por las comidas de negocios y manicura de empresario próspero. Era fácil imaginárselo en un buen restaurante observando atentamente, con las gafas en la punta de la nariz, la etiqueta del vino antes de que el drama llamara a su puerta.

El sicólogo los presentó: Amanda y Eduardo, padres de Ezequiel.

—Ezequiel tiene veinticuatro años y es estudiante de Derecho. Lleva dos años atrapado voluntariamente en una secta llamada Orden Humanitaria, radicada en África. Lo achacamos a la ruptura con su novia. Ellos te darán más detalles.

Esta familia tenía una vida normal hasta que una grúa invisible los levantó por el aire y los dejó caer en la zona en sombras donde estaba mi hogar desde hacía tres años.

—Nuestro hijo, Ezequiel, ha roto con su vida anterior y con nosotros, con los amigos, los estudios y el club de tenis donde se pasaba las horas muertas. Ha caído en manos de... —dijo la mujer atragantándose con las palabras.

Asentí mirándola intensamente a los ojos castaños y agotados, empequeñecidos por el insomnio, para que comprendiera que yo sabía de lo que hablaba, no estaba sola.

—El caso es que se siente mejor con ellos que con nosotros —añadió él mirándola también a los ojos, como si todos

quisiéramos hipnotizarla un poco para que reviviera—. No podemos obligarlo a que nos quiera.

Cuántas veces había oído palabras más o menos parecidas sobre mi hermano.

—Algo habremos hecho mal —dijo Amanda.

Cuántas veces mis padres y yo nos habíamos sentido tan culpables como ella.

—No me vengas con esas otra vez. ¿Y él? ¿No está haciendo él algo mal?

Había dolor y rencor en sus palabras. Podría haber dicho: «¿Para qué tanto esfuerzo? ¿Tanta tensión? ¿Tanto dinero? ¿Para qué haber tirado mi juventud por la borda entre las cuatro paredes de un despacho discutiendo todo el día sobre cosas tan aburridas que me obligan a tomarme más estimulantes de los aconsejables? ¿Por qué no me fui yo también a vivir en una comuna en la playa? ¿Por qué no dejé que otros cargaran con la culpa de mis fracasos?». No dijo nada. Para desahogos inútiles, ya estaba su mujer.

Amanda unió las manos y comenzó a retorcérselas como si intentara romperlas.

—Perdona —dijo dirigiéndose a mí. Su voz sonaba quejumbrosa, parecía suplicar al universo cada vez que hablaba—. Estamos nerviosos.

—Si mi experiencia les sirve de algo, mi familia y yo hemos pasado por este trance mil veces.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó ella anhelante.

—Nadie tiene la culpa. Puedo asegurárselo —dije tratando de eludir el triste y terrible final de mi hermano, su suicidio—. Mi hermano pasó por la misma experiencia que Ezequiel. Fue captado por una secta.

Esta parte de la conversación con los afectados que buscaban en mi familia consuelo era lo más desesperante por-

que nadie quería ver reflejado a su ser querido en mi hermano. Yo tampoco quería verlo reflejado en su propio espejo oscuro y torturado. Por fortuna, el sicólogo interrumpió la temida pregunta de qué había ocurrido con mi hermano?

—Creo que ahora el turno es mío —dijo el sicólogo mientras me miraba—. Amanda y Eduardo te pagarían bien un servicio muy especial. Te ruegan que los ayudes a encontrar a su hijo y rescatarlo de la Orden Humanitaria, tendrás que viajar a África.

Salí de la asociación sin saber qué pensar ni qué decir. Ni en un millón de años me habría esperado una proposición semejante. Por la noche, en la cama, contemplando el zodiaco que desde que era niña adornaba el techo de mi habitación —a la que regresé tras la tragedia de mi hermano para consolar a mis padres—, pensé que era una tarea imposible arrancar a alguien de un sueño, cualquiera que fuese ese sueño, grande o pequeño, bueno o malo.

Mi hermano se llamaba Max, diminutivo de Máximo, un nombre que no le gustaba nada hasta que de mayor se dio cuenta de que se avenía con sus ganas de ser la mejor persona del mundo. Yo era cinco años mayor que él y debía recogerle a la salida del colegio, pero a veces se me olvidaba y no me daba cuenta hasta que llegaba a casa. Entonces regresaba corriendo y me lo encontraba esperándome sentado en el bordillo de la acera. Se levantaba cansinamente y me cogía de la mano. Nunca me descubrió ante nuestra madre. Un día, cuando él tenía seis años, estábamos de vacaciones en la Costa Brava y, mientras jugábamos en la orilla, llegó una ola furiosa y lo engulló. Nuestros padres y sus amigos estaban distraídos jugando a las cartas sobre las toallas y yo rebusqué desesperada entre la montaña de espuma. No se

le veía, las olas iban y venían y lo revolcaban una y otra vez. Estaba ahogándose, hasta que toqué el bañador y lo saqué, lo arrastré a la arena. «¡Qué susto!», dijo después de toser. Lo abracé, me parecía muy pequeño, muy blanco, con piernas de palillo. Nos acercamos al grupo de adultos para coger unas cocacolas y no contamos nada porque no había nada que contar. En la infancia, desde que uno se levanta por la mañana, está salvándose de morir. La vida jamás vuelve a ser tan peligrosa como entonces, por muchas locuras que se hagan. Y por eso no lo entiendo, Max, no entiendo por qué tuviste que dejarte llevar por esa terrible ola sin que yo estuviera cerca. O puede que estuviera y no me diese cuenta. Aquellos días me había marchado de casa a compartir apartamento con una compañera de clase muy divertida llamada Coral, y casi no me acordaba de él. La libertad, los conciertos, beber y comer porquerías sin medida, las melopeas de fin de semana y también entre semana. Dejé que te ahogaras. A veces, cuando nos atrevemos a repensar lo que ocurrió, le echamos la culpa a un profesor de Filosofía que le recomendaba demasiados libros sobre el alma y la felicidad. Y al hermano mayor de un amigo, cuyo sueño era marcharse a Guatemala para ponerse de ayahuasca hasta arriba y adquirir una nueva conciencia. Pasaba mucho tiempo con él fumando hierba y despreciando la vida que le había tocado vivir. Se sentía fuera de lugar y, para exhibir su diferencia, se hizo unas largas rastas. En la cara se dejó sin afeitarse la poca barba que le crecía y decidió usar sandalias sin calcetines todo el año. Se encontraba bien en el modelo de santón blancucho y rubito. Comía poco y, al final, casi no hablaba con nosotros.

Perdía el culo por asistir a sesiones de meditación y una noche ya no volvió. Yo estaba tan entregada a mi nueva vida

y a cogermes pedos que convencí a mis padres de que ya aparecería. Luego nos enteramos de que vivía en una comuna que se autoabastecía con sus cultivos y animales y se regulaba por sus propias leyes. Pensamos que era lo que había buscado toda su vida y no íbamos a estropeárselo. Hasta que un día la Policía me llamó por teléfono (mi número era el único que conservaba. Era el único vínculo que lo unía, aunque remotamente, a su mundo).

Lo encontraron ahorcado en las ruinas de un cortijo abandonado en Almería. Aún quedaban por allí algún trozo de pan, cascotes de vidrio y trapos sucios. Pero todo indicaba que se había quitado la vida voluntariamente. ¿Voluntariamente? Voluntariamente en aquel lejano día de nuestra infancia se metió en el mar y una ola casi acaba con él de no ser por una mano que lo agarró del bañador. No hay nada de voluntario en colgar una soga de una viga herrumbrosa, solo desesperación.

Y ahora ese chico, Ezequiel, estaba ahogándose sin saberlo y yo tenía un par de manos que algo podrían hacer.

La segunda vez ya no me citaron en la asociación, sino en casa de Amanda y Eduardo. Un piso cerca del parque del Retiro, con una entrada palaciega de techos enormemente altos de los que pendían arañas de cristal. Amanda me hizo pasar a un salón abierto a otro, y este a otro más. Puse los pies sobre una alfombra tejida con hilos de seda que representaban un prado. Me habría descalzado con gusto. Había muchos detalles de distintas partes del mundo. Los años, los viajes y un gusto barroco debían de ser los culpables del abigarramiento de las estanterías, vitrinas, repisas de mármol sobre las chimeneas y de las grandes plantas de interior me-

dio ocultando máscaras africanas antiguas bastante usadas, que entre las hojas parecían terroríficos guerreros vigilándonos. La calefacción estaba a tope y en las puertas de cristal de los balcones se aplastaba la tarde como una cara gris. Amanda me preguntó si quería beber algo. De buena gana me habría tomado una copa de vino, la necesitaba más que nunca, pero me conformé con un vaso de agua y el sicólogo no quiso nada. Eduardo no estaba y no pregunté por él, no hizo falta.

—Mi marido está trabajando. Desde que Ezequiel desapareció, trabaja como un loco, necesita distraerse, no pensar. Mientras que yo...

Se detuvo como si no tuviera clara su posición en el mundo. Llevaba medias muy claras, casi blancas, sobre unas piernas delgadas y musculadas, zapatos bajos forrados en la misma tela de la falda. Gran parte de su vida consistiría en ir de compras y dar cenas en casa. El último salón lo ocupaba una mesa alargada de mármol blanco con sillas de cuero negro. Las cortinas de charol blanco cubrían las paredes desde el techo al suelo, lo que solo se le ocurriría a un decorador de millonarios.

—Ezequiel es nuestro único hijo, no sé si te lo he dicho. Nada más nacer se convirtió en mi principal ocupación, porque su padre, ya ves, siempre está liado con los negocios. Los aranceles, impuestos, las odiosas caídas de la bolsa. Las exportaciones se han puesto imposibles. La obra de mano barata está acabando con todo lo bueno. La calidad está pasando de moda.

También en este punto Amanda se quejaba en nombre de su marido.

El sicólogo se quitó la chupa y la tiró en un rincón del sofá, luego echó un brazo por encima del respaldo y se aco-

modó. Los ricos no le impresionaban. Sus ojos debían de ver a través de los tapices, las paredes y los juegos de plata igual que a través de la miseria y los cartones apilados para dormir en los cajeros automáticos.

—Bien, Isabel —dijo por fin—. La familia necesita saber si continúa vivo, si está bien. Sabemos con certeza que hasta hace un año continuaba en la Orden, después se volvió invisible. No se han recibido más noticias tuyas. Va a parecer te una majadería y vas a decirnos que no, pero sus padres quieren intentarlo.

«¿Por qué no? —pensé—. ¿Por qué no van a intentar salvar a su hijo, al contrario que nosotros, que abandonamos a mi hermano a su suerte para no interferir en su libertad, su felicidad y en no sé cuántas gilipolleces más?» Y pedí, si era posible, una copa de vino, intuía que no sería peleón.

—A esta hora me baja la tensión y no quiero marearme —me disculpé.

El sicólogo sonrió comprensivo. Me importaba una mierda lo que pensara.

Amanda atravesó las profundidades de los salones y regresó con una copa como un palmo de alta de vino tinto. Evidentemente, no permitía que el servicio llegara hasta aquí, quizá le parecía una frivolidad no hacer ella misma las faenas de la casa mientras su hijo estaba atrapado y solo al otro lado del mundo. Lo saboreé. Me reconfortó lo bueno que era. En la calle el viento doblaba las ramas de los árboles.

—Ezequiel dejó de dar noticias en Kenia. La Orden reside en Mombasa, pero se traslada con frecuencia a Malindi y Lamu, zonas turísticas donde el mercado de los mundos mejores es muy amplio.

Dijo lo de «mundos mejores» pensativo, como si hubiera ido y regresado de todos ellos.

—Queremos que vayas allí, lo busques y lo traigas.

Me bebí de un trago lo que quedaba en la copa. Amanada dudó si levantarse a rellenármela; en cambio, sacó un álbum de fotos de un cajón de nogal con incrustaciones de nácar, una costosa antigüedad seguramente. Lo abrió y pasó despacio la mano por una foto acariciándola.

—Este es Ezequiel.

Me miraba con el ceño fruncido por el sol un chico que no parecía que tuviese veinticuatro años. Pelo castaño corto y piel tersa y aniñada por haber ingerido grandes cantidades de leche materna en la infancia. Ojos marrones con excesivas pestañas para ser un chico. Ni alto ni bajo. Con gafas, canas y más peso podría ser su padre, algo que también lo animaría a huir de esta casa. En la foto llevaba puesta una camiseta con la imagen de un oso panda.

—Tienes que convencerlo de que regrese a su vida verdadera —dijo la madre cobijando la foto entre las manos.

—Pero ¿por qué yo? No tengo experiencia en esta clase de cosas y Kenia está muy lejos. Jamás he estado en África ni he hablado con ningún africano. No sabría cómo arreglármelas allí.

—Hemos visto a muchas candidatas —dijo el sicólogo sin hacer caso a mis protestas—, y tú has sido la elegida. Has pasado por algo parecido. Sabes perfectamente lo que sienten los padres de Ezequiel y eres inteligente y observadora —añadió tras haber seguido con atención cada movimiento de mis ojos.

—Y sobre todo —añadió ella temerosa de dar un paso en falso y disuadirme del todo—, le gustarás. Eres su tipo. Te pareces a Marta, su exnovia. Por aquí tengo una foto —di-

jo abriendo otro cajón—. Lo dejó plantado, traumatizado. Creemos que tiene la culpa de todo. Si aceptas ayudarnos, necesitaríamos que aún te parezcas más a ella, que se la recuerdes.

El sicólogo le apretó el brazo animándola a continuar hablando.

—Marta es rubia. Tendrías que teñirte de un rubio grado nueve o diez —añadió examinándose el pelo con ojos tristes y expertos—. Y le gusta mucho vestir de negro.

—¿Y por qué no la convencen a ella? Sería más fácil y efectivo.

Contestó Amanda sujetándose a los brazos del sillón para no caerse o salir volando:

—Porque no lo quiere. No lo quiere, ¿comprendes? Y sin embargo, él todavía la ama.

—Marta estaría demasiado implicada emocionalmente con él —dijo el sicólogo cortando las apasionadas palabras de la madre—. Es mejor que este trabajo lo haga alguien con la mente clara.

Ella se levantó y me tendió las fotos de Ezequiel y de Marta. Le temblaba la mano y daba la impresión de que la melena de la chica se mecía en el aire. Llevaba una camisa blanca con las solapas abiertas mostrando dos poderosas clavículas de bailarina y una fina cadena con un brillante que descansaba en la escotadura. Realmente, si de mí emanase algo de pureza, pulcritud y elegancia, podría parecerme bastante a ella. Tendría que renunciar a mis rizos y también a pintarme los ojos con *eyeliner* negro y los labios rojos. Debería dejar desnuda mi cara simplemente redondeada, mis ojos simplemente marrones, la nariz recta y los labios con los que vine al mundo.

—Volarías a Nairobi, vía Ámsterdam —dijo él con pre-

caución, midiendo las palabras—. Y de allí al día siguiente seguirías a Mombasa, donde creemos que podría estar el grupo. Te alojarías en buenos hoteles y tendrías todos los gastos pagados: coches, guías si los necesitas, cualquier gasto adicional. Aparte, se te remuneraría con doscientos mil euros si traes a Ezequiel contigo.

—¿Y si no?

—Habrás disfrutado de unas vacaciones pagadas.

—Lo pensaré —dije.

—No tardes mucho —añadió el sicólogo alargándome un papel con un número de teléfono.

Me pasé lo que quedaba del día y la noche dándole vueltas al viaje, en cómo sería África y cómo sería Ezequiel. La verdad es que les habría dicho al sicólogo y Amanda que sí enseguida, era la única propuesta, la única perspectiva de hacer algo emocionante, algo de verdad, pero preferí aguantar hasta el día siguiente. Y desde luego, de tener éxito, no pensaba lucrarme con la salvación de un chico que podría ser mi hermano.

No les comenté nada a mis padres porque me habrían recordado amargamente que ya habían perdido un hijo. Les diría que me habían dado una pequeña beca o una ayuda para hacer un estudio de campo en África. Una de esas labores vagas que no comprometen a nada. Seguro que lo verían con buenos ojos. Estaban deseando que enriqueciera mi currículum y que con veintiocho años dejara de ser una contratada temporal para hacer estudios de mercado. Desde que salí de la universidad no había conseguido un trabajo ni un sueldo fijos, la segunda cosa que, después de la muerte de mi hermano, más les partía el corazón. Soñaban despiertos. Nunca tendría un trabajo decente porque no había conseguido buenas notas en los estudios de Sociolo-

gía, finalizados con gran desgana, ni me atraía hacer nada en concreto.

Como el sicólogo tardó en coger el teléfono, me temí que hubiesen llamado a otra candidata. Menos mal que cuando iba a colgar oí su voz alentadora.

—Imaginaba que estarías a punto de llamar. ¿Decidida?

Aunque me molestó resultar tan previsible, le dije que me gustaría conocer más detalles y cuál sería el riesgo que correría, mis padres ya habían perdido un hijo en las circunstancias en que se encontraba Ezequiel y sería cruel por mi parte causarles más sufrimiento. Nos citamos en la asociación, un lugar que le daba un punto de seriedad al acuerdo. Estábamos pasando un febrero desapacible, frío, y mientras, África estaría tostada por el sol y verde, con animales recorriendo la sabana veloces como el viento. Sin embargo, no quería pensar con placer en un viaje que en el fondo era un viaje hacia el dolor de mi hermano.

El sicólogo llevaba exactamente la misma ropa de las veces anteriores, lo que me hizo pensar que solo se preocupaba de los demás y nada de sí mismo. Tal vez se la cambiaría para ir a cenar con alguna chica. Junto a él también esperaba Amanda. Me examinaron tan concienzudamente al entrar que me paralicé.

—Pensábamos que ya te habrías teñido de rubia. El largo del pelo está bien —sentenció Amanda—. No lo toques.

Si no hubiese sido por su voz quejumbrosa, sus palabras me habrían sonado autoritarias. Y podría jurar que también al sicólogo. Y por eso la interrumpió.

—Siéntate, por favor, y toma nota de lo siguiente: a partir de ahora eres una fotógrafa *freelance*. Vas a Kenia con la inten-

ción de hacer un safari fotográfico por los Parques Nacionales: Tsavo, Masái Mara, etcétera, pero antes deseas buscar algo más auténtico y te pasas por Mombasa, atraída por la parte antigua de la ciudad, con sus viejos edificios de estilo árabe, y también por los templos hindúes, absolutamente maravillosos.

Las dos últimas palabras no encajaban con el sicólogo, pero seguramente sí con Marta.

Amanda tenía los ojos rojos de haber llorado, de no dormir, de pensar intensamente; eran angustiosos, daban ganas de zarandearla para que cobrasen vida.

—Marta tiene muy buen gusto —dijo Amanda— y usa mucho las palabras «absolutamente» y «encantador». No se trata de que la imites, pero procura llevar las prendas como si hubieses nacido con ellas. No se maquilla, va muy natural y con el pelo brillante. Le gusta sujetarlo detrás de las orejas. Me he permitido traerte esto, que sé que a Ezequiel le hará pensar en ella.

Abrió uno de esos bolsos grandes y marrones con aspecto de hule de Louis Vuitton y sacó dos faldas y dos camisetas negras de algodón.

—Talla 38, ¿verdad? He comprado dos de cada porque se enrollan fácilmente y te serán muy útiles. Por favor, evita pintarte los ojos y los labios, solo un poco de brillo.

En ese momento vi, en el gran espejo de sus ojos tristes, unos pendientes grandes y un pañuelo enrollado recogiendo el pelo, que me hacía parecer una chica alegre y sin problemas. Puso un neceser sobre la mesa.

—Aquí está todo lo que necesitas. Y también esto. Me pareció que también usas un 38 de pie.

Del bolso surgieron unas sandalias verdaderamente bonitas. Planas y adornadas con cristales que imitaban los diamantes más grandes del mundo.

—Perdona el atrevimiento, pero así ganamos tiempo. Si al final no quieres ir, puedes usarlas igualmente.

Me sentí muy vulgar al lado de la imagen de la tal Marta. Siempre me habían llamado la atención las personas con un estilo tan definido, con unos gustos tan concretos, cuando el mundo está lleno de mil tentaciones, colores, extravagancias, ambigüedades, contradicciones. ¿Cómo no dudar nunca? ¿Cómo no cambiar nunca de corte de pelo ni de perfume? Era asombrosa la fidelidad de Marta a su imagen. Solo se me ocurrió preguntar si fumaba.

—A veces, para quitarse el hambre y el estrés. La ayudaba a mantenerse delgada.

—¿Y la ropa interior?

—Usa bikinis minúsculos, prácticamente va desnuda. Y la ropa interior es igual, desgraciadamente no he podido evitar verla en el dormitorio de Ezequiel. No sale de tonos blancos y negros, y de las fibras naturales.

Se notaba que Amanda había acabado hasta las narices del depurado estilo de Marta.

—Es muy recta, muy suya. No puede llevarsele la contraria —añadió con un gesto de desdén—. Que seas fotógrafa es algo que puede gustarle mucho a Ezequiel. Te dará ese punto artístico que Marta se creía que tenía. Pintaba un rato los domingos, unos cuadros horribles.

Amanda hizo una pausa para pensar o coger fuerzas, y siguió:

—No se lo pongas en bandeja. A los hombres les gusta ir detrás, date cuenta hasta dónde tuvo que marcharse para olvidar a Marta. Déjate ver, déjate desear. Ni siquiera lo mires. Que sea él quien vaya a ti. Le costará descubrirte porque estará atontado por las ideas de la Orden, pero el instinto te dirá cómo actuar y cómo conquistarlo.

El sicólogo empujó hacia mí un sobre blanco y echó una mirada a Amanda, que reunió fuerzas para levantarse.

—No te dejes vencer ni desanimar. Ezequiel te necesita, todos te necesitamos —dijo mientras se alejaba.

El sicólogo esperó a que se cerrara la puerta para seguir:

—Aquí tienes todos los billetes de avión. Los de vuelta están abiertos. La dirección y teléfono de la embajada en Nairobi. He avisado de tu llegada, de que seguirás viaje a Mombasa y de los hoteles en que te alojarás. Los tienes todos reservados. Te he anotado una compañía de guías y coches de alquiler, por si los necesitas. Allí se habla el inglés y el suajili. ¿Algún problema con el inglés? —Negué con la cabeza—. Tendrás que vacunarte. ¿Preguntas, dudas?

Ya era tarde para recriminarle que se hubiese anticipado tanto a mi respuesta como para formalizar los preparativos y que desde el primer momento dieran por hecho que aceptaría.

Acercó más la silla a mí y se sentó a horcajadas. Apoyó los brazos en el respaldo. Una manera de hacer un punto y aparte en la conversación y de que le prestara una atención sin fisuras.

—El líder de la Orden Humanitaria se llama Maína. Una vez que logres entrar en la organización, debes tener cuidado con él. Conoce nuestras costumbres, estuvo en Mallorca un año trabajando para un concesionario de Seat. Parece que allí se enamoró de una mujer llamada Carmen. Al regresar a África, sufrió una crisis de identidad, espiritual o como quieras llamarlo, y comenzó a rodearse de adeptos. Ha desarrollado una gran habilidad para seducirlos y retenerlos. Tendrás que estar muy alerta porque es difícil engañarlo, se las sabe todas. Vamos a ver. ¿Por qué has elegido Kenia?

No llegué a conocer a los manipuladores de mi hermano. Al poco de su muerte me tentó la idea de ir a encararme con ellos, a exigir cuentas, aunque lo que me pedía el corazón era matarlos. Creo que habría podido hacerlo. Y sobre los huesos malditos de esos miserables, mi hermano renacería. Reviviría su carne y su sonrisa, volvería a mirarme, escucharía su voz. Cada día olvidaba algún detalle, algún gesto, y esto me torturaba. Más que un recuerdo, iba convirtiéndose en un pensamiento. El pensamiento de mi hermano, para luego convertirse en el sentimiento de mi hermano, un acto de ilusionismo de la vida. Ahora está, y ahora ya no está. Si no hubiésemos vivido en aquel barrio, si no hubiese ido a aquel colegio, si nuestra madre no le hubiese gritado cuando se olvidaba el abrigo en el parque, si hubiese jugado bien al fútbol. Una conjura del universo contra él, y nadie se dio cuenta.

No pude localizar su comunidad. Se evaporó del cortijo en ruinas de Almería y de la faz de la Tierra como si su destino consistiese en destruir a mi hermano y nada más, cosa que con el paso de los meses agradecí porque así sus integrantes no estarían en el mismo pensamiento que él, ni mancharían mis sentimientos por él.

—Soy fotógrafa. Voy a hacer un reportaje —contesté con un retraso de varios segundos, como si me comunicara con él desde la Luna.

—¿Para qué revistas trabajas?

—Para las que me lo piden —dije sabiendo que no era la respuesta correcta.

—Ya. Dame nombres. De la agencia, del jefe de redacción.

—Pues no sé. National Geographic, Magnum.

—Piensa en alguna femenina que incluya reportajes de viajes. ¿Cuál es tu caché, tu tarifa?

Me quedé tan en blanco que sentí náuseas, un mal presagio quizá.

—Infórmate. Maína es muy astuto. ¿Por qué has elegido Kenia, y en particular Mombasa, para tu reportaje?

—Por su..., por su... belleza.

—Sé más concreta. Quieres poner a la mujer africana en el mapa del mundo a través de tus fotografías.

—Pero eso ya está muy hecho —dije sinceramente.

—¿A quién le importa? Si tratas de ser original, la has fastidiado. El que se embarca en un viaje así tiene claro su objetivo. En cuanto titubees, Maína sabrá que lo engañas. Lleva contigo en el bolso o la mochila un mapa con el recorrido que piensas hacer. Debe parecer muy trabajado, muy pensado, por si acaso él lo ve.

—Pero ¿y si Ezequiel no está en ese grupo?

—Podrás hacer un reportaje de verdad y venderlo. Hasta ahora, lo que hemos podido averiguar es que gestionan un taller en una cooperativa de artesanos en esta dirección de Mombasa —me tendió otro papel más—. Y los martes les gusta acercarse al malecón del puerto a tomar el aire en grupo, a eso de la una de la tarde más o menos. El martes próximo, por cierto, ya estás en Mombasa. Si tienes suerte de coincidir con ellos, podría ser un buen momento para verlos juntos y que Ezequiel te descubra.

Le habría dicho que no estaba segura de recordar todos los detalles ni de cumplir bien el encargo. No había en mi vida ninguna proeza a la que agarrarme con fuerza. Siempre me pregunté por qué no podía tener el tesón de Coral, mi compañera de apartamento durante la universidad, que trabajaba de día y estudiaba de noche, y encima iba al cine, de fiesta y sacaba mejores notas que yo. Se concentraba en cada cosa que hacía de una forma sobrehumana hasta para

hacer unos huevos fritos. Cuando alguna vez traté de ser ella, me di cuenta de que su fuerza mental era tan fastuosa como una de esas coronas medievales con incrustaciones de esmeraldas, zafiros y diamantes. Y yo ahora necesitaba esa corona desesperadamente.

Junto con los billetes y bonos de hotel, me entregó otro sobre.

—Es moneda local para pequeños gastos. Buena suerte. Ya no volví a verlo ni a hablar con él.

Recogí el neceser, la ropa y las sandalias que me había entregado Amanda, y al pasar por un centro comercial compré una mochila con muchos bolsillos y un mapa de Kenia.

Aunque tras la muerte de mi hermano decidí vivir con mis padres para no dejarlos solos con su pena, no solía darles muchas explicaciones de adónde iba y de dónde venía. Procuraba que la convivencia no les hiciera pensar que había vuelto a la adolescencia. Y tuve que recordarles varias veces que ya tenía veintiocho años. Así que cuando me vieron hacer el macuto rumbo a África, les conté que me habían concedido una pequeña subvención para poner a la mujer africana en el mapa del mundo y se quedaron muy satisfechos.

Para no tener problemas con la foto del pasaporte, esperé a teñirme de rubio en el hotel de Nairobi. Me puse los guantes de plástico que venían en la caja y utilicé una taza del set de té y café para hacer la mezcla, me lo extendí con las manos y lo dejé reposar el doble de lo que aconsejaban las instrucciones. El resultado no estuvo mal, no me quedó tan dorado como el de Marta y por algunas partes aparecía mi verdadero color castaño, pero confiaba en que

el potente sol africano lo igualara. Saqué la foto de Marta de un bolsillo del macuto y sorprendentemente nos dábamos un aire, sobre todo si sustituía mis extravagantes pendientes por unas pequeñas imitaciones de perlas en las orejas. Me cohibía la vertiginosa simplicidad de Marta.

A la mañana siguiente de mi llegada a Nairobi volé, tal como estaba previsto, a Mombasa, donde aterricé como una rubia dorada envuelta en sencillez y naturalidad.

Mombasa, marzo

En cuanto salí del aeropuerto, me sentí febril. El calor ardiente y la brisa fresca del mar tiraban de mí cada uno por un lado. Por los ojos entrecerrados entraban cielo, intensamente azul, y palmeras. Muchos andaban descalzos, lo que le daba un toque playero a toda la ciudad. Según pasaba con el taxi camino del hotel, entre dos enormes colmillos erigidos en honor de la reina Isabel II, me pareció que iba a enfermar y que tendría que regresar a España con la palabra «fracaso» escrita en la frente. Ya me advirtieron que las vacunas que me había puesto contra la malaria y un montón de cosas más podrían tener estos efectos. Seguramente el padre Andrés no se vacunaba de nada y andaba tan fresco, y por eso nos despreciaba al escritor famoso, a mí y a todos los que veníamos a hacer turismo humanitario sin estar siquiera preparados para esperar una avioneta incierta en un lugar incierto de la sabana africana. Mi madre me aconsejó que no se me ocurriera lavarme los dientes con el agua del grifo y que cuando estuviera bajo la ducha apretara los labios para que no penetrara ni una milésima de gota. Qué fácil era tenerle miedo a todo. Lo más lógico es que el ma-

lestar se debiera a la presión del viaje y al nerviosismo de no meter la pata.

Nada más registrarme en el hotel Serena Beach y soltar la mochila en la cama, me puse una de las faldas largas negras de algodón con abertura lateral, una camiseta de tirantes del mismo color, las sandalias de cristales, la gorra con visera y las gafas de sol, y pedí un taxi. Era martes, el día en que, según el sicólogo de la Asociación de Víctimas Dependientes, se reunía el grupo de Ezequiel en el puerto. Le pedí al conductor que me llevara allí, le conté que quería sentarme un rato a tomar la brisa marina. «Es más que una brisa. Son los vientos monzones que vienen de India y Arabia, nos limpian de todo mal», dijo orgulloso de que apreciara este bien inmaterial de su mundo. Acababa de comprender que la gente acudía al puerto más por el viento que por el mar, pero no estaba aquí para saborear estas sutilezas destinadas a los turistas. Lo avisé de que tardaría una media hora, quizá más. Por supuesto, le pagaría el tiempo extra, ahora eran las doce y media. No había ningún problema. «Disfruta.» Me volví para comprobar que de verdad estaba dispuesto a desperdiciar tanto tiempo de su vida esperando a una desconocida y agitó la mano indicándome que avanzara hacia el mar.

Me senté en un largo poyete de piedra frente al oleaje, entre dos chicos que me sonrieron. Lamentablemente, el sol era mi enemigo, se aplastaba contra mí con toda su mala leche. Y no parecía buen síntoma que, a pesar de la humedad, no sudara. Me notaba las mejillas secas y ardientes. Me bebí la botella de agua a sorbos esperando que ocurriera algo. Y pasada una hora de aire y sol, y de la más que probable fiebre, iba a marcharme al hotel y a meterme en la cama cuando reconocí a Ezequiel. Iba en grupo, como me antici-

pó el sicólogo de la asociación, entre chicos y chicas a los que unía un lazo invisible que los seguiría uniendo aunque estuvieran a varios kilómetros unos de otros. El corazón me dio un vuelco. Ezequiel existía realmente, parecía el padre *hippy* del chico de la foto que me enseñó su madre. Más arrugas por el sol, el pelo largo con incipientes entradas, recogido con una goma; la mirada menos viva, más aplacada por la vida. Los dos años transcurridos le habían ensanchado las mandíbulas y la cintura. Y sin embargo, su sonrisa seguía envolviéndolo en un aire de inocencia conservado mágicamente desde los cinco años.

Componían un ramo de flores silvestres coloridas y medio deshojadas: una chica de pelo corto castaño, Ezequiel, otro chico pálido y rojo a partes iguales, y otra chica esquelética, requemada por algún extraño sol, que parecía existir para sostener una voluminosa cabellera de rizos cobrizos. Y el mayor de todos, un keniano de andares distinguidos, vestido con pantalones y túnica blancos, que debía de ser Maína, el líder. Se me olvidó un poco la fiebre y me encendí un cigarrillo para atraer lo más posible la atención de Ezequiel. Se sentaron en las rocas, con panorámica ladeada al mar, y enseguida noté cómo sus ojos viajaron hasta la pierna que asomaba por la abertura de la falda, hasta el pelo, el cigarrillo, las sandalias, mi cara. Revoloteaban buscando un parecido con alguien, una sensación antigua. Yo lo veía sin mirar. Me quité la gorra y sacudí la cabeza para que el pelo volara en el aire febril y ardiente de aquel suplicio. El cigarrillo me sabía a rayos y antes de terminarlo lo apagué en el trozo de muro entre mis piernas. Cuando consideré que ya me había colado en su mente lo suficiente como para que pudiera reconocermé en otro lugar, me marché. Aproveché que Maína distrajo a Ezequiel para desaparecer de su vista.

El taxista sabía algo de español y era muy parlanchín. Su alegría me hacía sentir más enferma aún.

—¿Mal de amores? —preguntó con jovialidad y comprensión.

Le habría preguntado dónde había aprendido esa frase, pero empezaba a verlo todo borroso.

En la habitación saqué temblorosa un antibiótico que llevaba en la mochila por si llegaba una ocasión como esta. Mi médico no era partidario de los antibióticos, pero no era momento de sutilezas y me lo tomé. Me metí en la cama con una botella de agua al lado. Y puse el despertador para la siguiente pastilla. ¿Sería a esto a lo que se refería el secretario de la embajada de Nairobi, a encontrarme desvalida y sola? Me desasosegaba mucho la visión de Ezequiel y sus amigos. Me obligaba a dar vueltas en la cama sin parar. Quizá fue el hecho de encontrarlos con tanta facilidad como si me estuvieran esperando cuando lo normal sería que precisamente hoy algo les impidiese ir al puerto. Las cosas nunca salen a la primera, a no ser que sea cosa del destino.

A las nueve de la noche, oí unos pasos ligeros, medio soñados medio reales, y una mano me tocó la frente.

—Te he traído una infusión. Es lo que tomamos nosotros cuando nos sentimos mal —dijo en inglés, por lo que no supe si me tuteaba, pero yo quise pensar que sí, que era mi amiga.

Era una chica alta, delgada, lo que se dice bella, con manos largas y delicadas que me pasó por el pelo no tanto para acariciarme como para sanarme. Lo hizo dos veces y traté de incorporarme con esfuerzo, la cabeza se me iba. Ya era de noche y la camarera abrió la ventana. Entró una bocanada de aire. Realmente les fascinaba el aire, lo aprovechaban todo lo que podían. La infusión me sentó de maravilla y vol-

ví a arrebujaarme en la cama. ¿Por qué sabrían los empleados del hotel que me encontraba mal? ¿Todos los huéspedes se encuentran mal al principio de llegar a Mombasa? ¿O era una increíble capacidad de empatía que los había llevado a fijarse en mí? Mi aspecto actual, fundido con el de Marta, no llamaba mucho la atención. Claro que aquí era una blanca, una turista blanca, y me encontraba bajo la responsabilidad del hotel. Los blancos debíamos de ser muy debilu-chos y les daría miedo que nos muriésemos dentro de las habitaciones. Sin embargo, no sentía que despreciaran mi confortable vida de blanca tanto como el padre Andrés, que había elegido mirar a la miseria cara a cara. La camarera me ahuecó el almohadón y me contempló sonriente. «Mañana estarás mejor», dijo.

A las diez de la noche, al abrir los ojos, vi una manzana sobre la mesilla. Ya través de las mosquiteras blancas, las paredes pintadas con pigmentos rojizos y un arco árabe que daba entrada al baño. Bajé de la cama agarrándome a una columna del dosel de madera y me encaminé hacia el arco. Me tomé la pastilla y le di un mordisco a la manzana sin ganas. Cerré la ventana. Todavía podía regresar a Madrid, aún estaba todo por hacer. No había pasado nada. Podría excusarme diciendo que había visto a Ezequiel y que estaba bien, en perfectas condiciones, y que quizá deberían dejarle vivir su vida como él quisiera. Puede que mi hermano también la viviese a su modo y que juzgásemos mal su huida. ¿Qué nos hacía pensar que, por no ser feliz con nosotros, estaba equivocado? Vivió como quiso y murió cuando quiso, y por mucho que lo buscamos él no quiso que lo encontráramos. Pensar en mi hermano me hacía odiarme, sentirme responsable de algo que pude decirle y no le dije, de una luz que no le encendí. Ojalá que Ezequiel fuese más fuerte que él.

Cerré los ojos. No sabía si por la mañana estaría en condiciones de escribir a la familia de Ezequiel informando de que lo había visto. Traté de dormirme otra vez diciéndole a Max lo siento una y otra vez.